

Miseria de la escuela, miseria de la democracia

Nico Hirt

Propuesta para un llamamiento europeo contra la mercantilización de la enseñanza

La Europa que hoy se dota de un simulacro de Constitución se pretende democrática.. Pero no lo es. No hay democracia sin la participación de todos los ciudadanos en las decisiones que determinan las condiciones de su vida material y cultural. Esta legitimidad no existe en Europa porque la mayor parte de los derechos fundamentales (derecho a la vivienda, a la información, al trabajo, a la salud, al alimento...), así como la pretendida libertad del consumidor, están muy condicionados por las opciones tomadas en estrechos cenáculos donde algunos financieros, empresarios y grandes accionistas imponen su ley: la ley del beneficio. Para quienes viven fuera de Europa, en los países del Sur, estas decisiones resultan aún más catastróficas e incontrolables.

Contra esta tesis se suele objetar generalmente que los ciudadanos europeos, precisamente por el juego del proceso democrático, serían libres de poder romper el poder de estos oligarcas. Pero esto no es posible. Tal revolución supondría que los ciudadanos estén en situación de aprehender el mundo en toda su complejidad, de comprenderlo para poder participar en su transformación. Supondría que todos los ciudadanos -y en primer lugar los más desprotegidos y explotados, aquellos que tienen interés manifiesto y material en cambiar el orden de las cosas- estén en condiciones de forjarse una opinión fundada y crítica; supondría que ellos podrían escapar al adoctrinamiento ideológico y al embrutecimiento colectivo orquestados por los mass media, empleados a las órdenes de los poderes económicos. De ahí que hoy se les despoje de los saberes y de las competencias que requiere esa capacidad.

La escuela democrática, la que podría forjar las armas intelectuales tan necesarias para el advenimiento de una Europa democrática, no existe.

Desde la escuela infantil y primaria, la financiación por debajo de las necesidades y la desregulación de los programas crean las condiciones de la desigualdad. Sólo consiguen el éxito en la escuela aquellos que encuentran fuera del sistema escolar – generalmente dentro del medio familiar- las condiciones que garantizan el marco de comprensión, el seguimiento individualizado, la construcción del sentido, el dominio de los conocimientos y competencias de base, así como la indispensable estructuración de los saberes.. En su gran mayoría, los profesores no son responsables de esta situación. Baqueteados por las reformas pedagógicas y revisiones sucesivas de los programas, tendrían que hacer milagros cuando las condiciones materiales –empezando por las tasas de escolarización(¿?)- se degradan sin cesar.

Sería preciso que todavía se les exigiese hacer tales milagros. Por el contrario, la mayoría de los países europeos mantienen deliberadamente (y otros los reintroducen) estructural socialmente segregadoras dentro de la enseñanza obligatoria: itinerarios jerarquizados, redes en competencia, todo alimentado por la sacrosanta “libertad de elección” que no es sino la tapadera de una especie de mercado escolar.

Lejos de entreverse una mejora de la situación, la evolución reciente de los sistemas educativos europeos produce suma inquietud. Bajo la presión de los lobbys patronales, reemplazados por los pensadores de la Comisión, los países europeos se han comprometido en un vasto proceso de instrumentalización de la escuela para ponerla al servicio de la competencia económica. Los contenidos portadores de una cultura común y

de capacidad de acción social son sacrificados en aras de estrechas competencias que aseguran la adaptabilidad de los trabajadores y de los consumidores. El papel regulador del Estado es sacrificado a las exigencias de flexibilidad del sistema educativo, impelido a adaptarse a un entorno económico y tecnológico en acelerado cambio. Las aspiraciones a generalizar masivamente la enseñanza y el ideal de democratización de la que fue portadora esta masificación son abandonadas bajo la presión de una dualización creciente del mercado de trabajo. La ideología de la competitividad penetra la escuela, la gangrena y la vacía de sus aspiraciones emancipadoras. Entre tanto, los inversores internacionales, en busca de nuevas fuentes de beneficio, miran con avidez el manantial que representa la enseñanza privada. Tras las formas generosas del discurso, la “formación a lo largo de la vida”, la “prioridad a las competencias”, la “movilidad de los estudiantes”, la “validación de lo adquirido mediante la experiencia”, encubren cada vez peor una estrategia dirigida a subordinar la enseñanza a los mercados.

Somos conscientes de la particularidades históricas, culturales, sociales que presentan los problemas educativos en nuestros distintos países. Pero, frente a una estrategia concertada a escala europea, que relega la escuela al papel de reproducción de las desigualdades y la producción de capital humano, nos parece urgente oponer un programa europeo común por la defensa de una escuela pública y democrática.

Nosotros, profesores, padres, estudiantes, investigadores, ciudadanos europeos, afirmamos nuestra voluntad de combatir solidariamente sobre las bases del siguiente programa:

1. Propugnamos una enseñanza obligatoria que garantice por encima de todo el acceso de los jóvenes a los saberes y competencias de alto nivel que proporcionan, de una parte, una comprensión del mundo en todas sus dimensiones –económica, social, literaria, tecnológica, científica, artística, filosófica- y, de otra, la capacidad de participar en la acción colectiva que transforma el mundo –lenguas, artes, instrumentos para tratar la información, etc. En cuanto a la enseñanza superior, universitaria, técnica o profesional, debe formar en las profesiones y cualificaciones que responden a las necesidades colectivas y a las aspiraciones de los individuos. Rechazamos, por tanto, radicalmente entender la enseñanza como espacio para la formación de “capital humano” al servicio de la economía.

2. Nos afirmamos en la defensa y promoción de la escuela pública como la única forma legítima de enseñanza en una sociedad democrática, porque sólo ella es capaz de garantizar el derecho de todos a acceder a los saberes esenciales. Esto implica que:

- a.** Combatimos toda veleidad de privatización, incluso parcial, de los sistemas educativos. La enseñanza debe quedar por completo fuera del Acuerdo General de Comercio y Servicios (AGCS). Hay que parar los planes de la Banca mundial orientados a privatizar la enseñanza superior en los países del Tercer Mundo.
- b.** Rechazamos las formas encubiertas de mercados educativos, tal como se intenta imponer vía “proceso de Bolonia”.
- c.** Denunciamos la legitimidad del mito de la “libertad de elección” que alimenta el mercado educativo y la concurrencia entre centros, sirviendo como instrumento de segregación social, racial, cultural o religiosa.
- d.** Rechazamos la entrada de la ideología liberal en la escuela, a través de las prácticas de gestión empresarial, la competencia entre los profesores, el salario “por méritos” u otros atentados a su estatuto de funcionarios públicos al servicio de intereses colectivos.

3. Rechazamos todas las formas de selección social en la enseñanza. Esto significa que:

- a.** Nos oponemos a los itinerarios jerarquizados y a la selección precoz, porque constituyen la principal forma de selección social dentro de la enseñanza obligatoria. Propugnamos, en consecuencia, un tronco común de enseñanza obligatoria al menos hasta los 16 años.
- b.** La enseñanza, desde la infantil a la universitaria, incluida la formación a lo largo de la vida, debe ser totalmente gratuita.

4. La escuela pública y democrática debe contar con una financiación a la altura de sus objetivos emancipadores. En consecuencia, reclamamos que se destine un mínimo del 7% del PIB en cada país de la Unión Europea. Esta “refinanciación” de la enseñanza debe ir prioritariamente a la escuela primaria, donde hoy se juega la democratización de la enseñanza. El número de alumnos por clase en ella ha de reducirse a 15, al menos en los primeros cursos.

Estos cuatro puntos son una condición necesaria para avanzar hacia una enseñanza que sea igualmente democrática en su funcionamiento, a través de una participación real y activa de padres y alumnos, y emancipadora a través de la selección de sus prácticas pedagógicas.

París, 13 de noviembre de 2003.

Nico Hirt

Aped-Belgique

nico.hirt@coledemocratique.org